

je, se perfumaba con embriagadoras esencias y absorbía la vida entera bañándose á la continua en el rocío y en la luz, en el fondo de los lagos y en el fondo de los éteres, á fin de personificar en sí toda la naturaleza. En efecto, Plutarco tenía razón. Los dioses orientales abandonaron al pretoriano y corrieron á refugiarse bajo las enseñas de Octavio. El espíritu de Asia, que flotara sobre los tálamos de amores donde Cleopatra y Antonio durmieran, viértese de su ánfora última, de las pirámides egipcias, para henchir el Capitolio, el cuerpo gigantesco de Roma. No había que aguardar ya la libertad en sus senos. La discípula y pupila de Grecia, la república romana se convertía en asiático imperio, á cuyos pies dormirían los pueblos esclavos y en cuya cima tronaría un César casi dios ó un dios casi bestia. Si hubiera podido despertarse la antigua Grecia con sus bellísimas ciudades, sus legiones de poetas, sus colegios de filósofos, sus coros coronados de mirto, sus héroes que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus templos rientes, acaso hubiera podido salvarse la tierra. Pero iban todos á inmolarlas en aras de los dioses orientales, como á la hermosa Ifigenia del poema y del teatro, que no resucitaría jamás, perdiéndose con ella todo cuanto ha esclarecido á la humanidad y ha honrado á la historia. La idea oriental, el judaís-

mo, el helenismo, el judeohelenismo se iba espiritualizado poco á poco para formar un espíritu nuevo de la humanidad sobrepuesto al viejo espíritu, mientras los latinos de Roma y los germanos de Occidente le preparaban otro más fuerte y más robusto cuerpo.

Llegó por fin el día nefasto de la batalla última entre Octavio y Antonio. Éste, aunque roto y deshecho, no quería transigir con la terrible suerte ni cortejar á la victoria. Luchando y reluchando con el poderoso, con el omnipotente, mejor dicho, quería rescatarse de muchas faltas y conjurar muchas maldiciones. El día de la derrota suprema relampagueaba de seguro á los ojos del cuitado Antonio, más como una tempestad nefasta que como una luz perenne. Mientras tanto Cleopatra sólo pensaba en la muerte como estrella que resplandeciera en el total naufragio de sus vívidas esperanzas. Los nacidos en púrpura imperial, y desde su nacimiento acostumbrados á respirar la cortesana lisonja y ver todas las frentes en el polvo y marchar sobre las espaldas de los hombres, no aceptan con vulgar conformidad una irreparable desgracia: desde la omnipotencia se precipitan en la muerte. Así Cleopatra, mientras Antonio apercibía los recursos y medios últimos de contrastar al destino, se consumía buscando los recursos y los medios últimos de huir al mundo sin

dolor extremado. Probó, como tantas veces hemos dicho, en los cuerpos de sus esclavos, la muerte por veneno. Padecieron tanto en su agonía y se afearon por tal modo después de muertos, que renunció á todo tósigo. No quería morir ella en prolongado agonizar entre convulsiones epilépticas, fuera de los labios espumosos la hinchada lengua, fuera de las moradas órbitas los ojos como dos reventados renacuajos, hinchadas las narices, negruzco el rostro; quería morir deshojando rosas de Alejandría en el vino de Chío, rebosante de una copa cincelada y guarnecida con esmeraldas, entre sinfonías tocadas en cítaras de oro y liras de marfil, oyendo sencillos cantares de vírgenes griegas que entonan odas de los antiguos poetas, puestos los ojos en los astros como sus padres los Ptolomeos, en conversación solemne y sublime con los suyos, á fin de que su noche última se pareciese á tranquila noche de luna y su yerto cadáver á radiosa transformación del organismo. Tras la repetición del ensayo de los venenos venía la repetición del ensayo de las mordeduras. Las arenas del desierto engendran muchos animales ponzoñosos. El primero que probaron fué la víbora. Sus glándulas hinchadas; sus dientes acerados; su cabeza que se contrae; su lengua hendida; su cuerpo que se enroscia; su cola flexible como un látigo; sus fuertes mandíbulas,

blanquecina la una y verdosa la otra; sus ojos brillantes y parecidos á dos cubos de azabache; su piel entre morena y rojiza, que ya toma un tinte gris, ya un tinte negro; todo aquel su breve cuerpo, tan estrecho y largo como una cinta, os dan los escalofríos de la muerte y os transforman de persona en estatua. Probada la víbora, los dolores que producía resultaron tan agudos, la fiebre tan alta, los espasmos tan convulsos, los delirios tan dementes, el agonizar tan largo, el morir tan horrible, que renunció á la víbora. El destino implacable indudablemente ha rodeado la muerte de tales horrores y la vida de tales halagos para que no caigamos de un golpe y de un salto allá en la eternidad. Los demás seres nacen para vivir. El hombre nace para morir solamente. Entre reflexiones tan lúgubres ensayaba Cleopatra el veneno y mordedura de las serpientes, adormecidas y cazadas por medio de misteriosas fascinaciones. Las cerastes, como difieren poco en forma, difieren también poco en mordedura de las víboras; pero las agonías, que producen, atormentan doce horas seguidas; y la muerte, que dan, concluye por dejar desconocidas de negruzcas y espantosas á todas sus víctimas. Tras las cerastes ensayaron los crótalos, víboras que tienen debajo y detrás de las narices particulares hoyos. Pero promovían los mismos dolores durante las agonías y

el mismo delirio á la tremenda muerte. Por fin ensayaron las najas tan temidas, y por lo mismo tan adoradas en Egipto. ¡Qué animales! En el descanso no se diferencia su cuello de su cabeza, y su cuerpo se confunde casi, por lo sedoso y por lo frío, con las plantas. Pero irritadlas, y veréis hincharse desmedidamente su cuello, abrirse su boca, extraer aguda lengua semejante á siniestra flecha, lanzar silbidos, que si no matan como su ponzoña, petrifican de espanto, erguirse en la parte superior de su cuerpo y fortificarse como si fueran de durísimo metal, mientras la cola, fija por un punto en el suelo; y sin embargo flexible y móvil, chasquea en guisa de látigo, y en todas direcciones lanza sus terribles latigazos. Ensayadas habían producido estos efectos: larga enfermedad de doce horas por lo menos, dolores vivos, hinchazón lívida, miembros fríos, aliento cortado y fatigoso, vómitos de sangre, sed abrasadora, piel después de la muerte del mismo amarillo jaspeado que tiene la serpiente. Desesperada ya la reina de hallar la tan apetecida mordedura, cuando le dijeron cómo se había encontrado el áspid; pequeñuelo como la víbora, de color verde como la esmeralda, tachonado por manchas oscuras. Sus dientes se clavaban en la piel con tal delicadeza, que apenas producen la picadura de un alfiler. Suave fiebre penetra por las venas y parece aumentar por algunos

instantes la vida y aguzar el sentido. Después cae sobre los párpados tranquilo sueño, que se prolonga y se convierte al cabo en el sueño de la muerte. Las siervas mordidas por el áspid á una, dormían su eterno sueño como pudiera dormir un pobre niño el sueño de la inocencia, ó como pudiera dormir una esposa legítima el sueño de sus castísimos amores. Cleopatra encontró el género de muerte apetecido.

Entre tanto habíase perdido la batalla de Antonio con Octavio. Al rayar el día ya estaba en las alturas que dominan á la ciudad el general romano. Desde allí veía con satisfacción cómo las naves egipcias se adelantaban airoso contra las naves de Octavio. Al verlas requerirse á combate allá en alta mar, esperó confiado las resultas de hábiles resoluciones, que creía fatales á la marina de Octavio. Mas la extrañeza y furor de Antonio no tuvieron límites cuando vió, al acercarse unas á otras las naves, y en el momento de romper, todo lo contrario á cuanto él esperaba; en vez de piedras, resina, pez, flechas, venablos, los elementos destructores de Octavio, plácemes y saludos mutuos con los remos y la confusión de ambas escuadras en una misma causa, en la causa del vencedor, y bajo una misma enseña, bajo la enseña de Roma. La caballería imitó á la marina seguidamente.

Y los soldados de Octavio rompieron ya con facilidad á la fiel infantería. Antonio entró en la capital, dando gritos, diciendo juramentos, fuera de sí, como herido por esta traición sin ejemplo. Habíase repetido el hecho de Pelusa y el hecho de Accio. Cleopatra y su ejército no pelearan como cumpliera en todos aquellos trances á su obligación. Así Antonio clamaba á voz en grito que le había ella entregado pagando con verdadera defección sus grandes sacrificios. Cuando Cleopatra supo la derrota de Antonio, y la explicación que á esta derrota daba el general romano, invocó los dioses de Grecia y Egipto, pidiéndoles testimonio de su inocencia. Le amó porque su ardor le incendiaba la sangre. Le amó porque la fuerza de un general contrastaba su debilidad de mujer. Le amó porque le creía dócil á sus mandatos y propio para seguir la causa de Oriente. Su ambición única era sentarse á su lado en el trono de Alejandría, teniendo bajo los pies Roma vencida é inmolada. Cleopatra ya sólo pensó en huir de Antonio. Si entendiera que había de penetrar en su estancia con agudo puñal en mano, para cogerla por la cabellera y derribarla exánime á sus plantas, hiriéndola y traspasándole de una puñalada el corazón, aunque luego pateara sus entrañas frías y escupiera sobre su faz amarilla, esperaríalo tranquila y resignada.

Pero temía sus reconvenciones y sus miradas, sus quejas y sus lamentos, más que la misma muerte. Habiendo sonado la última hora, dejó el palacio imperial de los Ptolomeos y huyó al panteón levantado en la vida suya para honor y abrigo de su muerte. Allí estaban sus tesoros, todo cuanto poseía en la tierra; y allí estaban sus dioses, todo cuanto le quedaba en el alma; y allí debían enterrarse, no débiles cuerpos de frágiles mujeres, una eterna teogonía y una civilización también eterna.

Cleopatra guardaba las ideas de Alejandro con la misma fidelidad que pudiera guardar el fuego de sus hogares y el panteón de sus muertos. Estas ideas, bajo un aspecto helénicas y orientales bajo muchos otros aspectos, habíanse cristalizado en Alejandría, síntesis viva del Occidente y del Oriente. Así el carácter de la ciudad egipcia trasciende á todos los siglos venideros y resume todos los siglos pasados. No pudo ella disputar á Roma en las edades positivas, que ya comenzaban para el espíritu humano y para las humanas sociedades, ni el derecho civil, ni el estado político, ni la ciudad municipal y su organismo democrático, ni los principios morales del estoicismo que poco á poco iban formando la voluntad humana y revolviéndola contra la fatalidad ó el destino. Pero si no pudo Alejandría disputar á Roma todo el ministerio que Ro-

ma debía desempeñar en la vida, pudo verdaderamente disputarle, y le disputó, la ciencia con todas sus enseñanzas, la numeración llamada hoy comúnmente arábica y en realidad alejandrina, la numeración, ese alfabeto de las matemáticas, ante todo, sobre todo, esos principios abstractos, esas ideas universales, el neoplatonismo, el neoaristotelismo, transmitidas á las escuelas andaluzas, y desde las escuelas andaluzas al mundo cristiano de la Edad Media, componiendo así la verdadera levadura de nuestra vida y la verdadera substancia de nuestro espíritu. Todas estas obras alejandrinas provienen de la síntesis capital que precedió á la fundación, y á la vida, y á la historia de ciudad tan excelsa. Por eso Cleopatra, sabia, legisladora, política, guerrera, maga, teúrga, quiromanta, fascinadora, seguida por un cortejo de dioses asiáticos y otro cortejo de dioses helenos, presenta el ocaso de Alejandría en el antiguo mundo, un ocaso resplandeciente como el ocaso del día planetario, como el ocaso de nuestro sol, con arreboles de lumbre misteriosísima y centelleos de verdadera poesía. En cuanto supo la derrota de Antonio, Cleopatra mandó conducir al panteón maravilloso de su nombre, construído en competencia con el palacio de los Lápidas, á su vez construído en competencia con el palacio de los Faraones, todo su ajuar y todas

sus riquezas. En esto de levantar maravillosa tumba y reunir como un puerto de la vida en los senos de la muerte los bienes allegados por la fortuna, por la herencia, por las propias actividades, por el propio valor, Cleopatra reaparece como pura é ingenuamente, no griega, no siria, no caldea, como egipcia. El Egipto será siempre la tierra de los muertos. Sus monumentos más altos, las armoniosas pirámides, que compiten con las cordilleras líbicas, tras las cuales el sol se pone, monumentos son de los muertos; las estatuas más duraderas y armoniosas estatuas funerarias destinadas á reproducir y conservar el organismo humano en las regiones oscuras de su descomposición y acabamiento; la esfinge, tendida sobre su ancho y cuadrado zócalo de pórfido, con cabeza humana y cuerpo á las especies inferiores perteneciente, símbolo es de la inmortalidad que sube desde las raíces del mundo animal á los cielos; su libro por excelencia, su Biblia, es libro de la muerte; sus jeroglíficos, expresivos de mil fórmulas y leyendas, parecen como secas hojas del árbol de la vida que un soplo de ideas misteriosísimas impele hacia la eternidad; las ciudades más intrincadas y más espaciosas son allí los panteones, y los seres más visitados y más conocidos allí son los muertos, porque no ha divinizado el egipcio esta sombra impal-

pable y misteriosa, este sueño eterno, el tránsito de nuestro mundo á otro mundo, las transformaciones del sér, sino para sacar de todo esto como una esencia misteriosa el principio de la inmortalidad. Construyendo magnífico panteón, dándole todas las proporciones, no ya de un palacio faraónico, de una ciudad entera y completísima, reuniendo en aquellos profundos y espaciosos senos suyos todas las riquezas allegadas por los Ptolomeos y por los Lágidas, Cleopatra concluía con arreglo á las leyes del tiempo y á las leyes del pensamiento la historia y la civilización egipcias. Ya solamente le restaba reunir sus penates, sintetizar sus ideas, hacer su testamento, allegar los recuerdos históricos juntamente con las esperanzas teúrgicas que vagaban por la mente de su imperio, y encerrándose dentro de un sepulcro, aguardar á que las naturales irradiaciones del pensamiento y del espíritu, la transformación universal, la serie de muertes y resurrecciones que constituyen los metamorfoseos de la historia, inmortalizaran de aquello todo cuanto debiera immortalizarse para perpetuar nuestra especie, y lo que hay en nuestra especie de más duradero, el pensamiento y el espíritu. Aquella mujer voluptuosísima, toda para la carne, que parecía sentir y gozar con una intensidad no conocida ni adivinada siquiera por el resto de las mujeres ¡oh!

se purificaba preparando y apercibiendo con tanto espacio aquel trance, que á todos nos coge de sorpresa y que á todos nos alcanza de improviso, el trance de su muerte. Al entrar en su panteón, tan espacioso y bello cual magníficos salones de fiesta, Cleopatra demostró que sabía convertir hasta la muerte misma con todos sus horrores y todas sus tristezas en una exaltación del goce y del sentido.

Mientras Cleopatra se dirigía con todas sus riquezas al panteón suyo, Antonio se quejaba en su torre del destino que le había cabido en suerte. La fortuna, el ejército, los dioses y los hombres, los mares y la tierra, sus amores y sus amistades, todo le había faltado, todo, menos el valor. Había peleado hasta el fin, asistido por la fuerza de sus primeros años, por el ardor de sus mayores campañas, seguro de no vencer y resuelto á morir; pero no le había sido dado lanzar el postrimer aliento entre los clamores de la guerra y los estruendos de las armas, bajo las espesas nubes de polvo que levanta el combate, de sangre salpicado y de ira enardecido, en la duda consoladora de si fuera su empeño último derrota ó victoria. Muriera de tal suerte, y poco le importara si todo el ejército contrario huele su cadáver, y le dejan insepulto, y al cabo de tan larga y gloriosa vida sólo encuentren sus restos

el voraz é insaciable vientre de los chacales del desierto. La idea que principalmente le atormentaba en esta situación de su ánimo era la idea del proceder tenido para con él por Cleopatra. Deseñado y separado por completo del mundo, en la ruina de todos los fundamentos sobre cuyas moles su vida se levantara, un solo sér parecía vivo en este fin apocalíptico del universo, Cleopatra, su Cleopatra. El espíritu de tal mujer animaba los últimos restos de su pensamiento y la figura suya se veía y se dibujaba en los ojos de Antonio, como si la proyectasen sobre su retina el mundo interior con sus ideas y el mundo exterior con sus sensaciones. Amóla sobre todo, amóla mucho más que á la misma Ciudad Eterna, inextinguible amor de todos sus hijos; y en cambio, después de lo sucedido en Accio con su fuga, en Pelusa con la entrega del ejército por su general Seleuco, en Alejandría con la deserción definitiva de sus escuadras, Antonio imaginaba que su amante le había vendido y entregado, inmolándolo á las veleidades de sus sentidos y á la voluntariedad de su genio, aborrecible y adorada mujer, hechizo y desencanto de sus procelosas agonías. ¿Qué, se preguntaba él á sí mismo, debía con aquella mujer intentar en tan supremos instantes? ¿Debía perdonarle sus infamias y olvidar sus agravios? La vista del mar y del desierto á

merced y arbitrio de los vencedores; el estruendo tumultuoso de los legionarios regocijados que repercutía en sus oídos, desatinábanle, y se volvía furioso contra la hermosura idolatrada, diciendo ser necesario que cayese á sus pies bajo las maldiciones de su conciencia, muerta por su propia mano, como triste asesina de su poder y de su gloria, como serpiente del Nilo, en su armadura deslizada para devorar su corazón á pedazos. Pero cuando más en tales propósitos el ánimo de Antonio se hallaba por completo anegado, la industria de Cleopatra, que le mandó un emisario con el anuncio de su muerte propia, lo cambió por completo. Al saber que había muerto por su amor, inmolándose una vez conocida la desgracia de su amado, renacieron, antes de apagársele por completo la vida, todos los resplandores y todos los fuegos de su amor en el corazón volcanizado de Antonio. Las dudas concebidas y expresadas respecto de Cleopatra se convirtieron todas en contra suya, tomando la forma de remordimientos. Así cayó sobre la dura tierra de hinojos, y plegando las manos y poniendo en blanco las miradas, como quien se reconcentra dentro de sí mismo para dirigir á lo invisible una plegaria, pidió perdón á los sacros manes de la mujer querida, perdón á título de infeliz, porque todo debe temerse de la desgracia